SEGUNDA PARTE

Ahí está Charles, impecablemente vestido en el día más glorioso de su vida. El día de la inauguración de la Exposición Universal en París. Una sala, una de las mejores, para él solo y sus tesoros. Son tantos que van a tener que hacer un museo especial para semejante cargamento. El mundo se lo agradece. Va a pasar a la historia por su coraje, perseverancia y ambición. Él mismo hace el recuento mental de méritos. Me lo imagino acariciándose el bigote espeso mirando a los dos lados del Sena con esa intensidad con la que mira en las fotos, como en aquel retrato tomado en las faldas del monte Illimani, en Bolivia, rodeado de los guías locales y cuatro burros, después de, según él, haber subido, bajado y renombrado uno de sus picos como pico París. Parece Nietzsche en los Andes, dispuesto a soportar mucho más la mala conciencia que la mala reputación.

Curiosamente, también aquí parece alguien por completo fuera de lugar, reubicando sus coordenadas en un mundo ajeno pero en perfecto control de lo que ocurre. No tiene ni treinta años y es el centro de todo. Al menos él se ve así. Está haciendo algo importante. Ya no solo lo sospecha.

Pero hoy, hoy se consuma su revancha. Le ha costado mucho llegar hasta aquí, hacer que los franceses lo sientan uno de ellos, que lo llamen Charles y le crean que es, por fin, desde hace unos días, un católico converso. El Evangelio leído, hechas las oraciones, recibidos los sacramentos. Todo aquello que rumió en silencio en años de trabajo para acumular demostraciones de su valía, no importa a qué precio, de pronto se escucha, se expande, se reconoce. Esta tarde siente cómo se relaja su cuerpo, en especial su mandíbula, deja de morderse la carne interior, abre un poco la boca, permite que entre el aire y así libera una tensión antiquísima, cierta rabia incomprensible, el dolor de no ser, siendo.

Las fotos de los vestigios traídos por él en barco desde otro continente, las huellas de otras civilizaciones ahora imborrables gracias a su gesta están ahí, pero también se proyectan sobre placas de vidrio en un derroche de modernidad tecnológica para la época. El urpu, el aríbalo, el cántaro incaico de decoración vegetal y felina del que está tan orgulloso, parece suspendido en el aire, con su vientre abultado, su cuello largo, sus dos asas y su aguijón en perfecto equilibrio sobre la base. En el pie de foto se habla de sus labios abocinados como si hablaran de una mujer.

El Champ-de-Mars bulle de expectación ante el explorador más celebrado del momento en los círculos científicos. Casi se disipa por completo el olor a

pólvora de la derrota francesa en la guerra franco-prusiana. No hay un alemán a la redonda. Dentro de diez años, sobre los restos de esta misma explanada se levantará la torre Eiffel. Wiener no lo sabe pero cerca de ahí Victor Hugo dirige un encuentro sobre derechos de autor. Y empieza la historia del copyrigth. Es mejor que no lo sepa. Las bombillas eléctricas acaban de inventarse e iluminan toda la avenida de la Ópera, entre la exposición de la cabeza de la Estatua de la Libertad y el teléfono de Graham Bell. Un cuadro de Juana la Loca recibe mimos y atenciones. Cerca de ahí, en el pabellón peruano, dos personas vestidas de supuestos guerreros de la cultura tiahuanaco son retirados del portal de la muestra por pedido expreso de la colonia peruana en París que, ofendida, niega que los peruanos sean así de pintorescos y afirman vestir con diseños de sastres franceses.

La Legión de Honor, quizá la distinción más importante de Francia, creada por Napoleón Bonaparte, solo se concede por méritos extraordinarios y hoy una de ellas va a ser para él. Esa palabra resuena fragmentada en su cabeza: ex-tra-or-di-na-rio. Lo es. La imagen de Napoleón brilla en la insignia prendida de su pecho henchido. Ya es un legionario, oficial de honor. Entonces se cuela la lejana melodía de un enorme órgano que viaja por las galerías de cristal y la escenografía de jardines parisinos bañados por cascadas. Está a punto de recibir también la medalla por las colecciones que ahora son el corazón de la exposición de las misiones científicas y que, presiente, va a pesarle en el cuello. Va a empezar con un discurso que espera se perciba emocionante y, para dar comienzo a este momento largamente esperado, se dirige a sus pares reconociendo el honor que significa ser pionero de una ciencia poco cultivada. Somete, pues, sus descubrimientos y obras de reconstrucción de ese mundo llamado nuevo, al criterio del auditorio, con la única preocupación de resultar verídico.

Se presenta por fin como alguien que pertenece a la escuela que teme afirmar un hecho antes de que su exactitud haya sido demostrada, que sabe de la tendencia humana a la interpretación imprecisa de la historia. No le tiembla la voz al señalar que el hombre americano del pasado, que atrajo antaño solo la codicia, puede ahora ser objeto de la atención científica. Pelea duro con la retórica para ocultar su vanidad. En un día como hoy le cuesta el doble. Sabe que debe fingir modestia, introducir algo de humor socarrón, clavar una primera persona del plural en el sitio correcto, revisitar un mito nacional, una fobia, para dar la sensación a todos de ser parte de esto. «¡Qué diferencia entre esa llama inmortal que alumbra los siglos con su haz luminoso, y el sol de los incas, brutalmente apagado con la aparición de la cruz española!»,

exclama. Alguien tenía que encender la luz, llenar ese vacío. Lo ha dicho. No ha podido evitarlo. Tampoco está mal verter alguna grandilocuencia si es solo una. Tras esas huellas, la de los escombros de las ciudades muertas ha ido él, de la mano de Ariosto, su poeta favorito, porque en el fondo siempre se ha sentido un romántico. Sus tesoros, traídos de la cordillera andina, se estudiarán y admirarán junto a los templos griegos, las estatuas de los dioses, las columnas de los foros, los peldaños de un anfiteatro. Aprovecha para recuperar aliento, para borrar cualquier sombra de duda y decir esa palabra de pronto prestigiosa entre sus labios de converso, «resurrección». Él solo ha sacado del olvido a un imperio. Wiener, el resucitador.

No sabe o no quiere saber por qué suda cuando comienza a mencionar a Humboldt, a Orbigny, a Castelnau. De pronto carraspea. Necesita hacer pausas, tomar aire. Cuando dice: «Los resultados incuestionables de mis excavaciones» su mente aventurera lo hace, nuevamente, atravesar el mar. Y está ahora en un viejo balneario al norte de Lima. Las familias pitucas limeñas lo miran hipnotizadas. Los buscadores de tumbas no lucen como él. Charles inserta la horquilla en un lote de tierra y la remueve con energía. Escarba, busca, suda. Nadie le quita los ojos de encima cuando logra finalmente extraer la momia con las manos más blancas que han visto en su vida. Los mojigatos limeños se santiguan pero él está eufórico. Le ha ganado el hallazgo por puesta de mano a Théodore Ber. Ese otro viajero al que Francia le encargó una misión idéntica en Sudamérica, el mismo día que a él. Que humor negro el del destino. Está harto de competir. Ber podía ser francés de nacimiento pero era un comunista, un rojo. Cuando pudo hacerlo, no dudó en denunciarlo como exmiembro de la Comuna. ¡Secretario personal de Delescluze! Lo defenestraron por su culpa. Pero Ber no lo necesitaba a él para autodestruirse. Su misión en Tiahuanaco fue un desastre y motivó su expulsión de las grandes ligas. Ahora solo queda él. Ber no se atreverá nunca más a llamarlo cerdo judío charlatán.

Vuelve, Charles, vuelve. Ya está otra vez en el estrado decorado con la bandera tricolor. Le invade una especie de fiebre como si hubiera hecho un enorme esfuerzo por arrastrar hasta el centro de la sala un fardo arrancado del fondo de sí mismo. Para que todos puedan verle los huesos. No sabe si ha dado vida o ha dado muerte. Eso pensaba en esa orilla del mar de Lima y eso piensa hoy en un salón parisino. Esa duda es tan real que se transforma en estremecimiento. Su cuerpo hace temblar el atril.

Tiene que sacar un pañuelo y secarse la frente cuando hace referencia a aquellos que lo precedieron con mucho menos éxito, que a diferencia de él,

«no han arrancado a los muertos de su reposo, ni los productos del arte indígena al olvido. No han descendido a los pozos de esas necrópolis, ni las han escrutado para extraer la verdad». Pero él sí, él está aquí porque se llenó de polvo y arena de las profundidades. A las afueras del recinto, entre las estatuas femeninas que representan a los cinco continentes y embellecen la fachada del palacio del Trocadero, América del Sur enseña un poco más las tetas. Solo un poco menos que África.

Nuestra cama para tres ya no sirve más para el sexo. La cama que fue la superficie sobre la que recreamos nuestras fantasías de romper con el «marido y mujer», ahora es una cama para dormir, una cama jubilada, a lo sumo una enorme cama dada de baja.

Casi no tenemos sexo en pareja. Hay días en que me siento estafada, pero si lo pienso en serio, ¿cuánto podía durar una orgía matrimonial? Lo primero que explico a quien me pregunte por nuestra relación múltiple es que no tengo más sexo que el común de la gente.

Y, la verdad, lo he estropeado todo.

Conocí a alguien en Lima y se me fue de las manos. No sabía cómo terminar con eso y la vida decidió por mí. La vida no, la muerte. Cargo una pesada maleta en mi viaje de regreso al amor, un muerto a mis espaldas. Alguien tuvo que morir para que yo viviera. Y ahora estoy en esta cama, entre los dos, callando. Hasta que lo digo.

Se lo cuento porque ni yo puedo soportar mi secreto, mucho menos entender por qué hasta ahora era un secreto. Por qué me he pasado un mes fingiendo ante gente a la que le prometí, por lo menos, respetar el dogma poliamoroso. No necesito terapia para saber por qué he saboteado nuestra vida. La culpa debería servirme para algo, al menos para dejar ser, para volver a un perfil bajo, pero subo la apuesta, quiero mantener el *statu quo*, radicalizarlo para protegerme de la onda expansiva de mi ataque kamikaze.

Tenemos los tres en teoría una relación abierta, deconstruida sobre la base de acuerdos, una para la que yo estoy tan preparada como un señor polígamo de Salt Lake City, Utah, de ochenta años, con una esposa en cada rodilla. Soy mi padre infiel y celoso de que su amante le ponga los cuernos con otro. Su versión posmoderna.

Lo he estropeado todo.

Nos habíamos mantenido unidos por el delicado equilibrio de las tensiones hacia dentro. Hasta entonces vivía cómoda en el núcleo de dos personas que me amaban, partiendo y repartiendo la tarta, sabiéndome la más aprensiva y desconfiada, también la más desleal, pero fortalecida en mi singularidad. Lo de afuera era augurio y amenaza. Sabíamos que tarde o temprano desbloquearíamos la posibilidad de los otros. Esa promesa.

Y está pasando. Se ha precipitado. Por mi culpa.

No creo que ellos vayan a hacerlo por rencor o por pagarme con la misma moneda. Eso sería un consuelo. Más bien los veo, a cada uno, deleitarse solitarios en la invención de su huida. No me dicen nada, solo me dan un beso, marchan, desaparecen por un rato largo de nosotros y vuelven con el mismo silencio. No pregunto. He perdido mis derechos. Tampoco tengo adónde ir.

En una cama siempre estamos condenados a repetirnos. Los ciclos del amor conyugal suelen ser implacables antes de caer rendidos. De un ejercicio horizontal a otro insomne y viceversa, se construye una vida en común. De mínimos gestos que se hacen con los pies, cerrando una boca, quitando un libro de las manos inermes. Y de eso que existe entre el sexo y el descanso, y de eso que reverbera entre el llanto y el amor, y de eso que se queda entre la última palabra y el resto del silencio.

Hay noches como esta en la que soy la única que no puede dormir. Si alguien me viera tocarme entre sus cuerpos, un hombre y una mujer al alcance de mis manos, uno a cada lado de mi deseo, quizá pensaría que es una de mis perversiones, pero no tiene nada que ver con eso, no pretendo rozarlos, ni siquiera excitarme con la visión de sus siluetas indiferentes, flotando en medio de la penumbra como islas que emiten su propia luz sobre un océano. No sé de dónde vienen, ni adónde van, pero no están conmigo.

Para algunos el sexo es algo muy concreto: lo que corona un día de perfecta comprensión o lo que se hace solo cuando se imponen las ganas, con los restos del cuerpo que han dejado los niños y, de preferencia, después de un baño. Para mí el sexo viene bien incluso sin ritualidad, sin aseo personal, sin fuerzas, como complemento, entretenimiento banal, disparador de dramas, consuelo, remedio premenstrual.

Soy de esa generación de mujeres que sobrevaloró el sexo. Las que fuimos puristas del orgasmo maduramos más lentamente en lo relacional —otra palabra horrorosa que he aprendido por andar leyendo a los teóricos del amor libre—, pero aunque suene raro esta faena onanista en pasiva compañía es un trabajo introspectivo, terapéutico. Mucho peor sería despertarlos, manipularlos, forzarlos. Sobre todo cuando la inminencia de la regla aprieta, no la has visto venir y ya estás destrozada rogando entre lágrimas una noche apoteósica e infinita en su convulsa peregrinación del sexo al amor, del amor al sexo y de ahí a la comprensión a medida, que nadie te va a dar. Ver la espalda del ser amado me empuja a la locura.

Un día comprendí que no se sincronizan apetitos como se sincronizan los relojes. Con el tiempo he aprendido a sortear el drama. La sexualidad en

convivencia demanda pedagogía diaria, actitud contrita, libertad hasta donde empieza el sueño o la inapetencia del otro, onanismo o más amantes.

Ahora estoy en la cama terminando esta otra rutina matrimonial entre dos cuerpos que me dan sus amadísimas espaldas sin causarme sufrimiento. Una es amplia, fuerte, lampiña, marrón. La otra grácil, menuda, quebrada, blanca. Ahogo por fin un gemido y todo sigue igual de plácido, sus espaldas suben y bajan con el sueño, sus respiraciones siguen haciendo juntas esa especie de música nocturna.

Yo creía que tenía un poder, no el de querer y desear a más de una persona, eso lo siente todo el mundo, sino el de haber logrado con mucho esfuerzo compaginar esas dos dimensiones del amor, con toda su distinta intensidad y belleza, sin tener que escapar, ni dejar a ninguno atrás, haciéndome cargo, sin que compitan sus fuerzas dentro de mí, integrándolas en el mismo juego de la vida. Pero no tengo ese poder y si lo tuve, lo perdí.

Mi abuela Victoria era tan celosa que después del derrame cerebral que sufrió, y cuando llevaba ya años postrada en una cama y apenas podía balbucear algunas palabras, le hacía escenas de celos a mi abuelo. Vengo de una estirpe en la que primero muere tu cerebro y después mueren tus celos. No queremos que nos dejen solas, por nadie, no soportamos el más leve gesto de abandono. Mi abuelita gritaba y lloraba como un bebé cada vez que perdía de vista a mi abuelo y lo imaginaba seduciendo a la mujer que se hacía cargo de ella. La escuché varias veces. ¡¡Félix!!!, le llamaba, ¡¡Félix!!, para que estuviera junto a ella y no se fuera más. En un futuro no muy lejano, juro que me veo enferma y condenada como Victoria, interrogando a Roci, acosando a Jaime. ¿Aún en mi lecho de enferma que espera la muerte seguiré preocupándome de que sean solo míos?

Es aterrador pero los celos solo mueren con el cuerpo. No sé cuántas veces he tenido ganas de morir para liberarme de ellos.

Nuestros cuerpos han abandonado la cama para tres y se han repartido por toda la casa. Mis crisis de confianza son constantes y no me basta que me aseguren que no están en *eso*. Sé que mi fragilidad los aleja. Sé que mi llanto los enfría. Sé que mi miedo los mutila. Con mis exigencias estoy saltándome todos los acuerdos del amor libre que juré respetar en una noche puestos de MDMA encaramados al muelle de la playa Barranquito, en Lima. Ellos aseguran que no hay nadie más, aunque no tendría nada de ilícito que lo hubiera, pero no les creo. Sé a quiénes desean, es cuestión de tiempo. Si alguna vez fui yo la que sacó los pies del tiesto ya no me acuerdo. Me siento víctima de una injusticia. Duermo sola y resentida en la cama gigante, a veces con ella, a veces con él, otras me coloco como una bola de piel en carne viva en un rincón del sofá y solo me falta ofrecer mi mano abierta a los transeúntes.

Jaime ha decidido mudarse al sótano. En ocasiones mi hija me mira y me lanza alguna pregunta que no puedo contestar con la adecuada sinceridad. Me

recuerda a mí en los tiempos del parche en el ojo, cuando creía que la gente miraba con los dos ojos.

Entre una mujer blanca y un hombre latino soy la que padece la mordida del monstruo. En mis grupos feministas voy diciendo que soy la más oprimida de la casa. Nadie me cree porque gano más plata que ellos. Pero mi vida es lo que ocurre entre un hombre y una blanca. Cada vez que intento dormir con ella pienso en él. No solo en su desamparo natural. También lo imagino allí abajo metiéndose a la habitación de la amiga que alojamos desde que Roci volvió a decir que el formato familiar la ahogaba. Ahora somos otro tipo de grupo humano. Nuestra amiga duerme en la habitación contigua a la de Jaime en el sótano, pero yo no duermo, miro al techo y creo verlos bajo la luz tenue de la mazmorra, con los cuerpos enredados y los ojos brillantes, susurrándose ideas extrañas al oído, leyéndose mutuamente párrafos de libros recónditos, viviendo cierta intimidad a costa mía. No sé qué me duele más, que me necesite o que ya no me necesite. Nada puedo darle mientras estoy arriba. Roci, en cambio, hoy me tiene solo para ella pero no le hago falta.

Espero a que se duerma lánguida sobre nuestra cama como la estatua de un ángel sobre un mausoleo. Compruebo que esté en una fase profunda del sueño, aún más lejos de lo que suele estar de mí desde que volví. Entonces me levanto de la cama, atravieso ciega la penumbra, sin hacer ruido, bajo las escaleras, empujo la puerta preparada para descubrirlo con nuestra compañera de piso; y compruebo con alivio y culpabilidad que está ahí, que no se ha ido, que sigue siendo ese bulto individual, esa silueta solitaria que ronca, mi hombre al que he traicionado con otro hombre, el que me comparte con una mujer, al que he hecho suplantar en nuestra cama. Me meto entre las sábanas que lo envuelven, lo abrazo bajo la manta como si siempre hubiera estado ahí tumbada a su lado y solo hubiera cambiado de posición para no adormecer mi brazo. Está caliente, respira y parece a salvo.

Pero tampoco puedo estar a su lado por mucho tiempo. Intento dormir pero no lo consigo. Porque ahora pienso en ella sola en esa cama inhóspita, sobresaltada por la vibración de su móvil, una luz artificial que la despierta y a la que quiere entregar su cuerpo. La veo en mi amarga fantasía refugiándose en ventanas virtuales por las que se cuelan fuerzas seductoras y malignas que chupan hasta la última gota de su puro, blanco y desnudo sedimento. Lo que yo ya no como.

Soy el ave carnívora convertida en presa sobrevolando parsimoniosamente a sus cazadores. Hay segundos en que deseo sentir el alivio profundo de un asesino.

También temo perderla a ella en ese breve lapso en que me distribuyo como se distribuye la pobreza en el mundo. Incapaz de hacer justicia a nadie. Así que salgo de la cama, lo dejo, vuelvo a subir arrebatada por la misma angustia, a atravesar la penumbra y a meterme en otro lecho. Allí está ella, solo duerme. Me tumbo a su lado pero no puedo calentarme, ni adormecerme, ni parar los ramalazos de angustia. Y eso pasa varias veces en una noche, subo y bajo, envidiando la paz que siempre es de los otros.

—En realidad la vida de tu mentado ancestro es un poco *sfumata*, me dice Benjamín al teléfono.

Mi mejor amigo vive en París desde que se casó con un nativo en una boda en la que hice un escándalo enrollándome con dos de sus testigos matrimoniales, algo que le costó perdonarme. Aun así lo he convencido de ir a la principal biblioteca de la ciudad por algunos libros sobre Wiener, incluyendo la biografía más reciente escrita por Pascal Riviale, un estudioso especialista en los hitos de la arqueología francesa en el Perú del siglo XIX. No sé si necesito a un especialista, sobre todo uno tan malhumorado, pero tampoco tengo muchas alternativas. Sé que es uno de sus críticos más arteros pero también es el único estudioso conocido de su trabajo y quiero preguntarle si sabe cuál fue el destino de Juan, el niño comprado por Wiener, en Europa. Según Benjamín los datos biográficos son en todos los casos secos, puntuales, en su mayoría sin pulpa, reducidos a formularios de la administración francesa.

—No por nada los franceses inventaron los trámites y la corrupción.

Benjamín lleva suficientes años en ese país como para pasarse el resto del día ironizando sobre el talante francés pero no le doy más cuerda. Mi vida amorosa y familiar actual no aguantan tantos interludios.

—¿Pero no dice si tuvo esposas, amantes, hijos reales o adoptivos?

—No, no habla ni de la oficial, ni de la amante, y mucho menos de un niño indígena, tal vez eso conste en los archivos secretos y momias incas del desván familiar.

—Ya lo he intentado pero no hay ni rastro. ¿Nada más?

—Lo que ya sabes, el pobre era víctima de lo que hasta hoy se consideran taras en esta república libre, igualitaria y fraterna: era un extranjero y un extranjero de religión diferente.

A veces lo olvido, pero antes de ser Charles, Karl también era judío y migrante, uno deseoso de asimilarse, de escapar del estigma.

—Lo que está claro, amiga, es que *Monsieur* Riviale y los demás académicos le dan con bate de béisbol, nadie lo toma en serio como arqueólogo, aunque admiten que tiene dotes de *raconteur*, virtud o vicio que

sin duda has heredado… Todo un personaje tu antepasado. Hasta un enemigo tenía, el tal *Monsieur* Ber.

Reviso las notas que Benjamín ha tomado para mí. Las primeras dudas sobre la falta de rigor científico en el método arqueológico de mi tatarabuelo austriaco ya estaban insinuadas tanto en el prólogo como en el apéndice de mi edición de 1993 de *Perú y Bolivia*, pero en la reedición francesa de 2010, Riviale va más allá y asegura, desde un empecinado rigor académico, que Charles no es siempre el verdadero autor de sus hallazgos. «Tenía una desagradable tendencia a atribuirse los descubrimientos de otros, o a minimizar la participación de sus colaboradores locales», escribe. Cuenta también que muchos de ellos se indignaron al ver cómo, después de haberlo ayudado convencidos de que estaban haciendo un aporte importante a una misión oficial del gobierno francés, eran invisibilizados. Fueron particulares, empresarios, médicos o diplomáticos, quienes donaron a Charles de buena fe parte de sus impresionantes colecciones, también frutos del huaqueo. Por eso muchas veces Wiener no conocía su verdadera procedencia y solía errar en las explicaciones de los lugares a los que pertenecían, algo que arqueólogos posteriores tuvieron que esclarecer. Usaba los mapas de otros para proponer localizaciones ya ubicadas como si fuera la primera vez que alguien pasaba por ahí y afirmaba haberlos trazado él mismo. Lo peor de todo es que algunos los orientaba al revés poniendo el sur en el norte. Las fotos tampoco eran todas suyas. Hoy se sabe que algunas eran del francés radicado en Lima, Eugenio Courret y otras del boliviano Ricardo Villalba; o que había manipulado imágenes para ilustrar otras cosas que no tenían nada que ver. Llegó a copiar a su propio maestro, Léonce Angrand, refiere Riviale, su preparador de cara a la misión científica en América del Sur. Wiener optó por usar parte del trabajo de investigación sobre culturas prehispánicas de su maestro, a quien le habría pedido sus notas, que mezcló con las suyas hasta que fue imposible identificar qué pertenecía a Wiener y qué a Angrand.

La depredación del trabajo de los otros fue, al parecer, una fórmula más para promocionarse como autor. No le valía proyectar la imagen de un buen explorador, quería mostrarse como uno excepcional. Así fue perdiendo terreno el científico y ganándolo el «hombre de los medios» como dice Riviale.

Pero no creo que podamos entender cómo funcionaba la investigación histórica y arqueológica de la época solo analizando el comportamiento de una serie de individualidades como Wiener. Él no era un caso que se corrompió, aislado, flotando como un satélite a un lado de la institución

científica sacrosanta, sino que era parte orgánica de esta, respondía a un sistema académico masculino, occidental, de influencias y relaciones de poder. Esa maquinaria funcionaba para proyectar la imagen de la nación francesa al mundo. Y en eso Wiener era el mejor. A Francia le daba igual el estilo exuberante de Charles, ya tenía sus trofeos. Francia era tan falaz como él. Poco importó en ese momento cómo Wiener había echado mano de ese material cuando en las postrimerías del siglo XIX diez toneladas de material arqueológico relativamente bien embalado llegaron del Perú al corazón de Europa. Todavía no se había inventado el concepto de «patrimonio cultural de la nación». En Perú ni siquiera existía la nación como tal. Pero para el imperio francés significaba una operación de *marketing* de enorme trascendencia.

Mientras pudo fingirse un científico condecorable, un oficial de honor, disimulando los apaños y gazapos de su mundo preacadémico, su verdadera preocupación siempre estuvo puesta en garantizar la eficacia de su relato y la construcción de su leyenda personal, ambos asuntos deslizándose en paralelo hacia la victoria de la nación que representaba. Y para eso se valió de todas las figuras literarias, en especial la hipérbole: si algo crece es su voz en primerísima persona, si hay alguna figura que sobresale por encima de las demás es la de Charles Wiener, si hay alguien que suena extraordinario es él, si hay peripecias que impresionan son las suyas; si hay opiniones que desconciertan, indignan y golpean son las que brotan de él con honestidad brutal.

Los medios buscaban la épica de los exploradores y Charles les dio lo que querían. Y lo logró porque no era solo un viajero que escribe sino también un escritor que viaja.

¿No es acaso lo que hacen todos los escritores, saquear la historia verdadera y vandalizarla hasta conseguir un brillo distinto en el mundo? En el camino, no obstante, empezó a brillar él más que el mundo que aseguraba haber descubierto y de paso oscureció a su entorno. Sus estudiosos coinciden en que Wiener hace literatura de viajes, aunque no lo pretenda, que sus textos se leen como novelas. Irónicamente, su única relación con la novela es una fugaz mención en *El hablador*, de Mario Vargas Llosa, donde aparece como un explorador francés que en 1880 «se encontró con dos cadáveres machiguenga, abandonados ritualmente en el río, a los que decapitó y agregó a su colección de curiosidades recolectadas en la selva peruana».

El historiador Pablo Macera lo describe fascinado en *La imagen francesa del Perú* por esa misma razón, como alguien que escribe con «emoción

auténtica» y «juzga con dureza y exactitud (…) sin por eso creerse en la posesión de la verdad absoluta». Y declara: «cada línea suya es insustituible». Para él, su libro *Perú y Bolivia* es el mejor de los escritos sobre la América meridional a fines del XIX.

Wiener es, en efecto, un narrador fluido, un cronista del detalle y del exceso, un fabulador de aquellos que saben cuándo deben pasarse por el forro la ética y las convenciones literarias para mantener enganchado a sus lectores, que no duda en sazonar con toda clase de recursos la historia de sus aventuras, alterando las reglas del juego en un lugar donde no debería exagerarse. Y es, sin duda, el creador de su propio héroe protagonista, él mismo. Si hubiera vivido en el siglo XXI lo habrían acusado de lo peor de lo que puede acusarse hoy a un escritor: de hacer autoficción. Pero quizá él se hubiera sentido más cómodo en los tiempos en que la verdad ha perdido todo su prestigio. No hubiera sentido ese sudor frío en la baja espalda cada vez que le solicitaran defender algo tan impracticable como una certeza.

No puedo evitar sentirme identificada con su forma atroz de intervenir en la realidad cuando la realidad falla y de hacer de su experiencia la medida de todo. Me asalta la solidaridad de la montajista. Su autorretrato vital, la del narcisista obsesionado con el éxito, es tan impúdico que no necesita estar desnudo. Cuántas veces me han preguntado sobre el desnudamiento en mis libros, por qué solo escribo sobre mí, para terminar en mis respuestas siendo aún más inaguantable. Conozco bien la sufrida artesanía del yo, lo delatador de mi materia prima, del material en bruto en una historia sin ficción aparente y los peligros de la construcción de un personaje que eres tú, cuando aún no se domina del todo el arte de limpiar las basuritas de contarse a uno mismo. Eso creo que lo dijo el escritor Jonathan Lethem. La primera persona puede llevarte a ser injusto y a creer que tienes la última palabra, y ni la mala conciencia te salva. Charles debía saber lo que era eso, la frustración narcisista última de saber que nunca podremos escribir la crónica de nuestra propia muerte, quizá lo más importante que nos sucederá.

El fastidio por los pasajes coloniales, racistas y crueles de los libros de Wiener sobre mi cultura da paso a una repentina empatía por su postura involuntariamente antiacadémica y ególatra. Llevo un rato intentando deslindar, descolgarme de su herencia más allá de lo sanguíneo, y resulta que mi lazo más fuerte y, quizá, el único, va a ser este. Como si comprendiera de golpe mis traumas, mis animadversiones, me muevo por sus páginas como por un laberinto de espejos versallescos. Se revela así un puente hasta ahora invisible entre nosotros, uno que atraviesa la historia, lo que somos y no

fuimos para cada uno, lo que no nos atrevimos a ser, algo que se llama impostura.

Entro al grupo privado de Facebook de la familia Wiener. Hace unos años lo creó alguno de los primos y tíos que se cuentan por decenas, para interactuar con el resto de parientes sin tener que esperar a que se muera nadie. Conozco al diez por ciento de ellos. El grupo mantiene un archivo en el que se guardan algunas carpetas con fotos de Charles Wiener, de Carlos Manuel, sus hijos y nietos. Se me ocurre hacer un *post* preguntando si alguien sabe algo de María Rodríguez, pero la información casi no varía de la que ya tenía, la mayoría la confunde con otra persona. Alguien dice que oyó que era mulata. Alguien más lo desmiente. Aparece un primo de mi papá para recordarme que un amigo suyo de origen palestino realizó una excelente investigación tras los orígenes de Wiener para conseguir las partidas de nacimiento necesarias para que él se sacara un pasaporte europeo. Dicho trabajo se encuentra colgado en la web Monografías.com, se titula «Charles Wiener, en busca de la identidad perdida», en el que insinúa la tesis de que Wiener sería el verdadero descubridor de Machu Picchu. Este puñado de apuntes biográficos presenta además de información por todos conocida sobre Wiener, algunos capítulos de *Perú y Bolivia*, muchas fotos de mis tías. Entre esta miscelánea, aparece un fragmento de la partida de bautizo de Carlos Wiener Rodríguez, celebrado en Trujillo en el año del Señor de 1877, en la que se lee:

> En esta Santa Iglesia Parroquial del Señor San Lázaro en Diez y seis de Setiembre de mil ochocientos setenta y siete. Yo el infrascrito Teniente de Cura de esta Parroquia exorcicé, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma a Carlos Manuel, blanco, de cuatro meses veinte y dos días, hijo natural de Don Manuel Wiener, natural de Francia, y de Doña María Rodríguez, natural de Trujillo, fue su padrino Don José Hurtado, siendo testigos Don José Guevara y Román Guevara, de que certifico. Manuel Ramos.

No dice Charles, no dice Karl, dice Manuel. Un tal Manuel Wiener. ¿Quién diablos es Manuel?

La primera señal de que toco fondo no ocurre el día en que descubro que quizá no soy quién soy, sino un día que paso a buscar a Roci a la librería en la que trabaja y como está sin gafas y yo llevo el pelo atado y un abrigo inusual, me mira y me saluda cordialmente pero en realidad saluda a una desconocida que cree ver entrar por la puerta. En esos largos segundos, sus ojos pasan por mi cuerpo, lo atraviesan y no se quedan en mí. Me golpea que me dirija esa mirada insípida, trivial, la de las personas que no sienten nada por nosotros. Ya no me quiere, nunca me ha querido.

Luego me reconoce y sonríe, viene a mí, me besa con alegría y el alma regresa a mi cuerpo.

Ella tiene trece años menos que yo. Eso quiere decir que cuando a mí me vino la regla ella no había nacido. Cuando tuve sexo por primera vez ella aún usaba pañales. Cuando leí *Cien años de soledad* ella aún no había aprendido a hablar. Cuando hizo su primera comunión yo ya había abortado. Podría seguir. He hecho demasiadas veces estas comparaciones perturbadoras y desasosegantes. No es todo lo que nos diferencia. No solo ella es blanca y más joven, también es muy delgada. Cuando hacíamos el amor al principio cerraba fuerte los ojos para no ver que mi cuerpo casi doblaba al suyo en masa muscular. Estuve a punto de terminar con ella porque pensé que no iba a poder excitarme mucho sin sentirme pequeñita en la cama, cosas del patriarcado. Luego aprendí a sentirme grande y a adorarla como adora una estrella de mar a una ola que se la traga.

Le gusto tal como soy, siempre lo dice, es demasiado maja o demasiado feminista para no sentirlo de verdad, pero el cuerpo aceptado es solo teoría. El cuerpo nacido marginal, por escasez o abundancia, siempre incomoda y siempre se siente cuestionado. No le cree a nadie, mucho menos al amor. El troll se alimenta del miedo y yo soy mi propio troll. La posibilidad de un cuerpo mejorable, adelgazable, futurible, acosa desde dentro y, aunque va minando las posibilidades de ser un cuerpo válido, se sabe en progreso y a la expectativa. Pero un cuerpo rechazado, marrón, es estanco, ha vivido demasiado tiempo bajo tierra y cada día vuelve a sentirse el cuerpo de una niña del pasado que miran los racistas.

Tendría cierta lógica que a veces me carcoma el miedo al abandono. Que oscile entre el miedo a que mi novia blanca de naturaleza no monógama me olvide y el horror a que mi marido latino y atractivo me deje por otra.

Pero la siguiente señal va más allá de la lógica conocida. Empiezo a sentir una feroz inquietud cada vez que ella va a trabajar. Ocho horas al día en esa librería. No puedo quitarme de la cabeza la idea fija de que día tras día descubra y lea libros que no son míos. Me tortura su admiración por las palabras de otros, de otras. Se trae libros a casa y se pasa las horas leyendo lejos de mí. No puedo tolerar cómo nos roba minutos de tiempo a nosotras para sumergirse en la mirada de alguien que no le canta a la rosa, que la hace florecer. Sé que muchas veces no se atreve a decirme que piensa que son libros estupendos, escritos por mujeres mucho más feministas que yo. Ríe y llora, aprende y se deslumbra. Y nada de eso tiene que ver conmigo.

Mis pensamientos me dan asco. ¿Qué coño quiero? ¿Acaso no follé ya como quería? ¿Por qué no les dejo en paz? ¿Acaso no quiero seguir yo también follando con otros? Decido hacer algo al respecto. Buscar la maldita habitación propia esa. Desconectar de ella, de él; me resigno a hacer cosas nuevas y extrañas para entretener mis demonios, algo que siempre he detestado de la autoayuda femenina, para encontrar la solución final. Pero busco apoyo entre compañeras dedicadas al activismo y a la lucha política en sus espacios, que vienen trabajando juntas en torno a ideas y experiencias compartidas, muchas dolorosas, que yo llevo hace tiempo rumiando sin atreverme a mostrar al mundo. No soy blanca, no voy a hacer un taller de cerámica. Me entero de que se está organizando entre varias un grupo de afinidad llamado «Descolonizando mi deseo» para hablar de cuerpos y sexoafectividad. Solo para racializadas. Me apunto. Estoy decidida a ir y a trabajar en esto. El nombre me representa ahora mismo como nada. Quiero cercenarme al patriarca que me habita y dejar de celar a mi novia española.

Unos días después, por fin consigo su *mail* y decido escribirle al winerólogo Riviale. Le envío un mensaje aún impactada por el reciente descubrimiento de ese nombre extraño en la partida de mi bisabuelo. No es una partida de nacimiento sino de bautizo, pero aun así lo complica todo, ¿o lo resuelve?

Gabriela Wiener <gwiener@gmail.com>

Hola Pascal, soy Gabriela Wiener, periodista, escritora y descendiente de Charles Wiener. No suelo presentarme así pero te puedo explicar por qué. Sé que has dedicado una parte de tu trabajo como investigador a la figura de Wiener. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

Gabriela

Pascal Riviale

Estimada Gabriela:
Durante mis investigaciones tuve la oportunidad de ver que circula la hipótesis según la cual Charles Wiener habría tenido descendencia en el Perú. Me interesaría tener tu opinión sobre este tema y por supuesto contestaré con mucho gusto a tus preguntas. Publiqué una reedición de la relación del viaje de Wiener hace poco, con una introducción mía donde doy varios datos biográficos que podrían interesarte.
Quedo a tu disposición.

Pascal

¿Qué voy a opinar acerca de la descendencia de Charles en el Perú? Riviale no se ha dado cuenta pero acaba de llamarme, quiero creer que con la mejor de las intenciones, «hipótesis». No he oído otra cosa en toda mi vida que mi nombre va seguido del apellido de un señor llamado Charles, pero aquí estoy siendo puesta en duda por el especialista como otro descubrimiento espurio de Wiener. A mí y a todos los del grupo de Facebook.

Me acabo de dar cuenta de que le he preguntado a un europeo desconocido qué sabe de mí, qué sabe de nosotros. Y lo peor es que cree saberlo, lo peor es que me ha contestado.

A algunos metros de donde Charles da su discurso, en el Palacio del Trocadero, se levanta una de las atracciones más populares del recinto, el zoo humano «Pueblo Negro», que recrea una comunidad africana con cuatrocientos nativos auténticos importados para la ocasión, como un Disney del colonialismo. El museo se inspira en las exhibiciones humanas del zoólogo y capataz de circo alemán Carl Hagenbeck que seguirían funcionando hasta 1930 en el Jardín de Aclimatación de París, un lugar didáctico para enseñar a los franceses cómo funcionan sus colonias. Miles de visitantes pagaron una entrada para ver a seres vivos en cautiverio, con la excusa del conocimiento. En Alemania y Bélgica también fueron una atracción muy popular y recién en 1958 se cerró el último zoo con personas en Bruselas. Esa vez, cientos de congoleños, muchos de ellos niños, se exhibieron detrás de un cerco de bambú. Los encargados de la exposición animaban a los visitantes a lanzar dinero o plátanos si aquellos estaban demasiado quietos.

Las reconstrucciones estrafalarias en cartón piedra de aldeas enteras fueron pobladas por nativos reales secuestrados o traídos a Europa con engaños. Una familia al completo fue raptada de la bahía San Felipe, en Tierra del Fuego, y sus integrantes, atados con cadenas, fueron expuestos entre rejas, sin posibilidad de asearse para verse salvajes y para simular que eran caníbales cada tarde les tiraban trozos de carne cruda. En el Jardín de Aclimatación dos familias de mapuches formadas por seis hombres, cuatro mujeres y cuatro niños fueron exhibidos jugando el palín y tocando la trutruka.

Por esa misma época, en Madrid, en el señorial parque del Retiro, justo al lado del Palacio de Cristal, España tuvo la oportunidad de estar a la última en moda colonial abrazando la tendencia de los zoos humanos europeos. Es verdad que al mellado imperio ya le quedaban pocas colonias para entonces pero no quiso ser menos que el resto de potencias e inauguró en octubre de 1887 su propio parque temático del racismo con un centenar de indígenas filipinos, entre ellos chamorros, tagalos y carolinos. Los madrileños y madrileñas pudieron apreciar cómo discurría la vida cotidiana de sus

colonizados, pero también los catalanes. Cerca a la plaza de Cataluña se abrió al público el zoo Negros Salvajes.

Charles no puede ver lo que yo vi, aquella vez en París, cuando salí del museo del quai Branly y caminé mucho y bordeé el bosque de Vincennes y llegué al Jardín Tropical, otra sede decadente de las exposiciones coloniales, la tierra en la que plantaron los esquejes del café y la escenografía falsa de sus propiedades en tierras lejanas. Ahora la hierba poco tiene de tropical pero crece libre e indómita cubriendo los decorados del campamento tuareg, el poblado indochino o las ruinas del pabellón del Congo arrasado por un incendio intencional. Ya no hay ni rastro de las personas que fueron convertidas en espectáculo y una hasta podría pensar que ese jardín en estado de abandono significa que hemos dejado atrás esas ideas y progresado como humanidad, pero es otra imagen engañosa.

Charles tose, se aclara la garganta. Aferrado aún al papel mecanografiado y húmedo de su discurso, cree ver a lo lejos a un niño corriendo perdido en las galerías del Campo de Marte y titubea. Es el pequeño Karl deambulando por los pasillos del reformatorio lleno de niños ladrones que administra su padre en Viena. O es Juan, a quien cree ver loco de desesperación alejándose de los brazos de su madre india alcoholizada. Por un momento se le nubla la vista, piensa que tal vez ha perdido la razón, porque no puede dejar de imaginar su partida de nacimiento: Karl Wiener Mahler, jüdische. Se ve a sí mismo llegando a París, después de enterrar a su padre en Austria, de la mano de su madre. Se ve mirando las ilustraciones de «El judío en las espinas», el cuento de los hermanos Grimm que le leyeron en el colegio. Y vuelve a estremecerse como entonces, cuando cae el pájaro herido entre las zarzas y el judío no puede rescatarlo porque el sonido de un violín le hace bailar como poseso. Se ve recibiendo el enésimo rechazo a su carta al ministro de Justicia, aún sin cumplir los dieciocho años, en la que pide la nacionalidad francesa. Y más tarde está tan harto de ser un desconocido profesor de alemán que podría arrancarse la lengua. En una visión que lo asalta y dura un segundo el futuro es una bola de papel arrugada en la mano de la Historia donde están tachados nuestros nombres.

Y es como si las exposiciones universales, las misiones, las giras, las presentaciones, los circos, los jardines, las excavaciones, los museos, los campos escupieran criaturas, las soltaran, sin que él ni nadie pueda contener su diáspora y se abrieran las jaulas y escaparan los perros mesoamericanos, los moros, los tártaros, los bárbaros, los enanos, los albinos, los jorobados, los gladiadores, las centenarias, los siameses, los seis esclavos de Cristóbal

Colón, el culo de Sara Baartman, la Venus hotentote, Ota Benga y su orangután, la mujer barbuda, Máximo y Bartola, los niños microcéfalos de El Salvador, los liliputienses aztecas, los selknam, los fueguinos del recinto de las avestruces, los nómades, los no contactados, los judíos.

Pero es solo una pequeña conmoción, una fuga que ocurre en su cabeza. Bebe un trago de agua, deja de verlos y puede seguir hablando de las espectaculares murallas de Chan Chan construidas por hombres siempre más antiguos que nosotros.

Meses después de su gloriosa tarde en la gran Exposición Universal llega la carta esperada. Charles, ya eres francés.

El racismo científico vivió su apogeo en el siglo XIX gracias a los avances en varias ramas del conocimiento ilustrado que ayudaron a crear las bases de una concepción racista de las sociedades. Biólogos y antropólogos se aplicaron en dividir la especie humana en clases a partir de su color de piel y otros rasgos físicos, estableciendo una jerarquía entre personas y otorgándole a la raza blanca la supremacía. Fue en la segunda mitad de la centuria que los imperios europeos usaron estas teorías para justificar la explotación colonial y las políticas genocidas en América, Asia, Oceanía y sobre todo en África. En 1885 se legalizó el reparto de África en la Conferencia de Berlín, un encuentro entre doce países europeos, Estados Unidos y el imperio otomano para atribuirse derechos territoriales exclusivos sobre este continente sin preguntárselo a los pueblos que lo habitaban. Esta visión del mundo legitimó que el rey Leopoldo II de Bélgica se quedara el Congo como propiedad privada, su parque de diversiones personal para esclavizar, torturar y asesinar sanguinariamente congoleños. Francia conquistó Madagascar y destruyó Tombuctú y el Reino de Dahomey. Gran Bretaña hizo lo mismo con Benín. En 1906, en la Conferencia de Algeciras, Francia y España se repartieron Marruecos.

En ese puente endeble que sigue tendiéndose en mi imaginación no puedo olvidar que Charles nació con el racismo moderno, el que da sustento a las naciones tal como las conocemos; él no es otra cosa que un refinado producto de su tiempo. Nació judío en los años en que toda Europa empezó a pensar que los judíos habían puesto en marcha una conspiración universal para dominarnos a todos. Cuatro años antes de su nacimiento a unos judíos en Varsovia les cortaron el pelo y la barba por defender sus trajes típicos. Wiener tenía un año de vida cuando Wagner publicó un artículo sosteniendo que los músicos judíos le hacían daño a la cultura alemana. Dos años cuando el filósofo francés Arthur de Gobineau publicó su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*. Y cuando ya estaba en Latinoamérica como un viajero francés más, el periodista cafre francés Édouart Drumont organizó la liga antisemita para alertar de que los judíos se estaban apoderando de Francia. Cuando Charles murió, faltaban solo veinte años para el Holocausto.

El darwinismo social y las teorías eugenésicas estaban en auge en la década de 1870, la de sus expediciones. No sé si él creía en razas inferiores pero no justificaba su exterminio, confiaba en su progreso y regeneración. Según Charles, no solo la Corona española había degradado a esos pueblos, también a sus herederos, las élites blancas criollas en el Perú, que persistieron en oprimir y explotar a los descendientes de los grandiosos incas hasta convertirlos sin remedio en despojos. Por eso se llevó a Juan a Europa, para probar que en otro contexto podía civilizarse, asimilarse, convertirse en el buen salvaje que él mismo era.

No seré yo quien le culpe por intentar sobrevivir, por convertirse, por montar esta desesperada picaresca del arqueólogo profesional para ponerse en valor más pronto que tarde en un entorno hostil. Hasta conseguir todo el reconocimiento que necesitaba. Sus mentecatas estrategias de autopromoción consiguieron lo que toda persona estigmatizada persigue, la inmunidad. Pero como no hay mejor lugar para esconderse que entre los enemigos, Wiener hizo todo el recorrido de la víctima hasta convertirse en el verdugo. *Fue el arco y la flecha, la cuerda y el ay*.

Mi propia escalada violenta de miedos se origina en el trauma.

¿Quién diría que no soy su nieta?